

Desperté con un gusto amargo en la boca. Las primeras manchas de óxido aparecieron en las manos, como diminutas perlas dramáticas. Se fueron extendiendo por el resto del cuerpo y aumentaban considerablemente de tamaño de un día para otro; aunque pusiera un gran empeño en limpiarlas, no conseguía eliminar las manchas amarillentas que avanzan inexorablemente, ni la lejía parecía hacer nada.

La condición de vivir con un hombre de ciencias exactas, creador de axiomas, convencido de que todo, en este universo se puede reducir a ecuaciones, me hace pensar si será capaz de encontrar una fórmula para curarme. Él, que dedica la mayoría de su tiempo a desentrañar ecuaciones numéricas que yacen tras los seres vivos y los objetos.

A veces pienso que es la contaminante niebla que nos devora, o ese hongo artificial que tiñe de negro las paredes de la casa. Manuel no le da importancia, dice que es la vejez, que todo se vuelve más amarillo. A mí me cuesta creer que esté en lo cierto, que una efélide manche mi cuerpo.

El sabor no desaparece, mismo surgen picores en la piel que se acentúan e intensifican cuando descanso en el jardín. Manuel murmura en bajo que es la alergia asegurándose de que lo escuche; el no sabe lo que dice. Le cuesta distinguir los colores.

Creo que es un contagio, una epidemia de los pesticidas, las avionetas locales sulfatan a menudo para evitar la aparición masiva de los insectos. Todo se seca: los rosales, las hortensias, las alegrías de la ventana, el sauce, la menta... No quiero pensar, ni leer, sólo sé que el óxido nos aniquila como la una lata de conservas. Acaso ¿nadie lo ve? Solo unas pocas personas hacen discursos de progreso, y vaticinan grandes avances de la ciencia. Pero a ellas no les arde la piel.

Manuel continúa introduciendo fórmulas en su ordenador, debe pensar que soy tonta, tiene unas gráficas que me representan y en las que después de contemplarlas suspira como satisfecho.

Se empeña en curar las manchas amorronadas. Después del desinfectante que empapa con algodón y el mismo creó con sus fórmulas, aplica crema sobre mi piel. Las úlceras aumentan a medida que me rasco. Cuando el picor es tan intenso que parece que me comen las hormigas, Manuel besa mi piel como si fuera una niña llorona y caprichosa. ¡Es inútil! Entonces me fijo en su cara, y observo que comienza a teñirse de amarillo-marrón. El óxido también se apodera de él. No le digo nada, ¿para qué? Me dirá que es la edad, o que le he contagiado la alergia. Mientras esas manchas invaden nuestros cuerpos. Pero él hace que nos las ve, no las rasca ni hace nada al respecto. Todo porque no tiene una fórmula para resolver la incógnita.

Intento recordar cuando la piel era blanca, sin pesticidas y el agua era solo fresca. Era joven y me enamoraba de otro Manuel.

El amor es lo último que olvidan los enfermos de alzhéimer, así Cristina sigue viendo a Manuel pero con bata blanca frente al ordenador cada día. Se resigna a olvidar al amor

de su vida, ya ni siquiera recuerda que ha muerto. El último concepto que sobrevivió al apagón cognitivos de Cristina fue el amor.